

Pronto, pronto aparecerá
el mayor acontecimiento de 1924

El Almanaque 1925

de

La Novela Semanal Cinematográfica

con un sorprendente,
precioso y costoso

ALBUM

para las fotografías
del año 1924

LUJOSA PRESENTACIÓN

Almanaque y Álbum
que satisfará al más exigente

¡Prepárese a comprarlo!

¡ÉXITO RUIDOSO!

E. VERDAGUER MORERA.—TOPETS, 16.—TARRASA

La Novela Semanal Cinematográfica

N.º 124

25 cts.



LA
MUÑEQUITA
DE FRANCIA

por
Mae Murray
FilmoTeca
de Catalunya



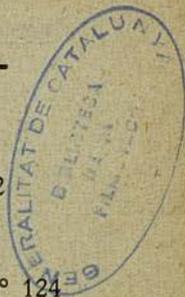
LEONARD, Robert 2.

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

Redacción { Vía Layetana, 12
Administración { Teléfono 4423-A
BARCELONA

AÑO III

N.º 124



La Muñequita de Francia

(THE FRENCH DOLL, 1923)

Preciosa comedia interpretada por la venusta

"estrella" **MÄE MURRAY**

i **ROD LA ROCQUE**

Superproducción Loew-Metro

Selección ÓPTIMA del Programa
VILASECA Y LEDESMA, S. A.

Con esta novela se regala la postal-fotografía de
FORREST STANLEY

La Muñequita de Francia

Argumento de la película de dicho título

¡Muñequita de Francia! ¡Frívola, inconsciente, alegre, vehemente muñequita! Tú no puedes morir, porque alientas nuestra vida. Dicen que no tienes corazón... Error: tu envoltura fascinadora implora siempre caer vencida en brazos de Amor. Y de muñeca te convertirás en mujer.

Pero... no renunciarás nunca, bibelot adorable, a tu fantasía secular: imbatible poder femenino.

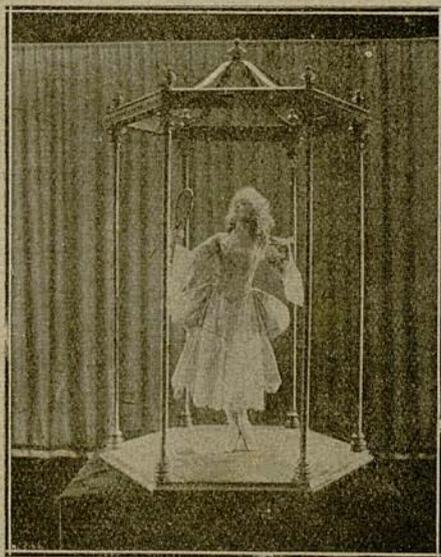
En una calle poco transitada del «viejo París» hay una casa de noble aspecto. Quizá perteneciera a unos aristócratas decapitados, tal vez fuera la mansión de la favorita de un rey...

Lo cierto es que hoy es la casa Mazulier, dedicada al comercio de antigüedades.

Mazulier es un anticuario de los que sortean la ley con habilidad maquiavélica y maestro a toda prueba en el arte de vender por reliquias de otras centurias lo que acaba de salir de las manufacturas de Nueva York o de Berlín...

La señora Mazulier adoraba en su compañero, admirada de su picardía en «ganarse la vida».

La tienda tenía numerosa y buena clientela. Algo en aquella casa tenía mucho valor... Se trataba de una... muñeca. Tenía un nombre: Geogina; un rostro ideal; unos pies monísimos; un cuerpo que se lo en-



Se trataba de una... muñeca.

vidiaría Venus si volviera; y, en fin, una coquetería capaz de encender las cerillas del Monopolio sin fósforo.

Finalmente, era un juguete de carne maravilloso.

Los compradores coleccionistas de cosas

viejas no eran más que flechados mortales por los dardos de Cupidito en la persona de Georgina.

El padre de la preciosa criatura estaba encantado de la vida.

Un día, Jorge M. Brent, anticuario en gran escala, hijo del país donde hasta los garbanzos se llaman dólares, llegó al establecimiento de los Mazulier y púsose tranquilamente a inspeccionarlo todo.

Estos últimos le presentaron varios objetos remontándole su origen a los tiempos de Ramses, el Magnífico, Faraón de Egipto, pongamos por caso.

Brent se presentó:

—¡A mí, no, señores! Yo fabrico al por mayor estas antigüedades.

—¡Ah!... De modo que...

—He venido a visitar su establecimiento, como todos los de París. Me interesa... Luego hablaremos...

—Bien. Ya veremos más tarde... Perdone ahora que vayamos a atender a nuestros «abonados.»

—No se preocupen por mí... Estoy perfectamente sentado en este sillón *Napoleónico*.

De pronto, Brent fué sorprendido por el brusco silencio que se hizo en la tienda.

—¿Qué pasa?—preguntábase.

¡Era Georgina, que hacía la merced de su aparición, por el primer piso, a los adoradores que la habían estado esperando ansiosamente!

—¡Linda criatura!—reconoció Brent.

—Buenos días a todos, señores.

—¡Oh, Georgina, al fin!

—¡No quería comprar nada si no me lo ofrecía usted!

—¡Se hizo usted desear mucho esta mañana, pero todo se olvida ante su sonrisa!

—¡Véndame usted lo que quiera, hermosa Georgina... pero sonriame siempre!

Estas y otras fueron las frasecitas que se le recitaron de primera intención.

El señor Mazulier, engordando por momentos de satisfacción, dijo a su hija, con voz cantarina:

—Georgina, hijita, a trabajar, que aquí no se vende nada sin tí.

El que más empeño tenía en estar lo más cerca posible de Georgina, era el señor Dumas, banquero, un ricacho loco de remate por los encantos—muchos y recomendables, por cierto—de la muñequita.

Brent notó el rendido afecto que el financiero le demostraba a Georgina, y le preguntó al señor Mazulier:

—¿Quién es ese cliente obeso?

—Es el señor Dumas, un banquero de muchos lúises. Esperamos que algún día nuestra Georgina se decida a casarse con él y reciba como regalo de boda la hipoteca que pesa sobre esta casa.

—No sería mal negocio... Y, a juzgar por las apariencias, el viejo está que arde... No la deja ni un momento de reposo... ¡Los hay volcánicos!

En realidad, el señor Dumas se cosía a la vaporosa falda de Georgina.

—¡Oh, señorita! ¡Si quisiera usted venderme esta muñeca!... ¡Me parecería que un pedacito de usted venía a mis manos!—le decía mientras

ella contemplaba con ojos soñadores un delicado juguete puesto en sitio de honor sobre un artístico pie de caoba.

—Esto no se vende, señor Dumas... Es mi tesoro... el símbolo de la novela que hay en mi vida.

—Pero yo puedo apreciarlo, Georgina, porque yo también guardo en mi corazón una pequeña novela...

—No, no, señor Dumas... ¡Esto es mío... de mi alma!... Pero, nos hemos apartado de los demás y hay muchos clientes. Voy a ofrecer los nuevos objetos de nuestros antepasados. ¡Ah! Espere... ¡Mire y admire, señor Dumas! Esta ánfora romana fué extraída por mi tío de las ruínas del Anfiteatro...

—Es bonita... y me la quedo. ¡Ay! Se rompió...

—Pues claro, si la dejó usted caer al suelo. Pero no se apure... Aguarde. Tengo aquí otra ánfora como esa—dijo Georgina al tiempo que abría un armario en cuyos estantes se veían minuciosamente alineados una docena de ánforas y varios objetos más de atrasadísimos tiempos.

El señor Dumas no advirtió las existencias de valores en cuestión; pero Brent las echó de ver en seguida, y dijo:

—Por lo visto, ese «tío» encontró en las ruínas del Anfiteatro un verdadero almacén de ánforas...

La señora Mazulier se apresuró en ir a cerrar el armario revelador, apartando de él a Georgina, que se reía de su propia tontería.

Después de esto, la muñequita, consultando

su reloj, despidióse de todos, en particular del banquero, que era muy espléndido:

—Adiós, señor Dumas, le dejo a usted... Solamente dispongo de tres horas para vestirme para la comida... ¡Voy a salir hecha un adefeso!

—¿Se marcha usted ya de mi lado, querida niña?

—Por ahora, sí, es preciso... Pero esta noche le veré en «*El Oasis*».

—Si, eso es; cenarán ustedes conmigo...

* * *

«*El Oasis*», uno de los cabarets más *chics* de París, es punto de reunión de las aves de paso que todos los días llegan al Sena, atraídas por la aureola deslumbrante de la Ciudad Luz.

En él se encontraba aquella noche Enrique Cánova, aventurero argentino, que recorría Europa en viaje de placer.

Asimismo, había en «*El Oasis*» el matrimonio Robertson, de Chicago, una pareja de desengañados de la vida. El marido trabajó mucho para ocupar la brillante posición que hoy ocupa y no encontrara en el oro la felicidad. Por su parte, la esposa, ahita de riquezas, sueña con el amor.

La llegada de Georgina fué acogida con murmullos de admiración.

Ella estaba convencida de que era bella y exageraba sus gestos de coquetería para ser reina entre todas las mujeres del distinguido lugar.

El señor Dumas, completamente lelo por la

muñequita, se desvivía por satisfacer sus más nimios deseos.

El argentino Cánova quedó instantáneamente prendado de Georgina, y no le quitaba la vista de encima.



Ella estaba convencida de que era bella y exageraba sus gestos.

—¡Qué prodigio de mujer!—decíase.

Brent, en cuyo magín comercial se desarrollaba una idea, cenaba también en «El Oasis».

Tal que si Georgina sintiera en su cuello el fuego de las miradas de Cánova, volvióse a él y—¡oh milagro!—se llenó de rubor.

Cánova era distinguido y a Georgina le gustó haberle llamado tan poderosamente la atención.

Sin embargo, rechazando con energía la suposición de que ella podía enamorarse, ser dominada por un hombre, decidió sustraerse a la contemplación de Cánova, y con tal objeto dijo al banquero:

—¿Quiere usted acompañarme a la terraza, señor Dumas? Hace aquí una atmósfera irrespirable.

Cánova la vió como se levantaba y se dirigía, con el financiero, a la terraza, situada a pocos pasos del comedor.

Un conocido de restaurante del argentino vino a pasar por su lado, y Cánova le detuvo y le preguntó:

—Usted, seguramente, conoce a esa encantadora joven de la terraza, ¿verdad?... ¿Sería tan amable que me presentase?

—Con mil amores, señor Cánova. Pero le presentaré primero al padre como millonario... Es el camino más seguro para llegar al corazón de la hija.

El amigo hizo lo que dijera.

—Señor Mazulier, tengo el honor de presentarle a mi amigo Enrique Cánova, un millonario de la América latina.

—¡Ah! Tanto gusto, señor... Mi esposa...

—Señora...

—Tengo también una hija, señor Cánova. Voy a presentársela... ¡Verá usted qué parisina más delicada!

—Con sumo placer, querido señor.

Cánova decía verdad: sinceramente deseaba

estrechar entre las suyas la manita de la deliciosa Georgina.

Pronto fué complacido.

—Hija mía, el señor Enrique Cánova, argentino, deseaba conocerte.

—Señorita, saludo en usted a la belleza femenina y al «chic» de la mujer parisina. ¡Estoy encantado de Francial!

—¡Oh, señor, cómo exageran ustedes, los extranjeros!—respondió Georgina, gratamente impresionada.

El señor Mazulier, hombre práctico, se llevó al banquero al comedor, para dejar solos a su hija y Cánova.

Como viera a Brent que le sonreía, el señor Mazulier se le acercó para decirle:

—Oiga usted... parece que hay mucho dinero en la América del Sur, ¿verdad?

Brent respondió con énfasis:

—Hay mucho más en la América del Norte.

Pero el anticuario no vió el alcance de la afirmación de su colega en el ramo.

La orquestina ejecutó, con su habitual primor, un tango irresistible, y Cánova, con voz apasionada, dijo a Georgina, que era presa de extraña turbación:

—Es el tango de mi tierra... ¿Quiere usted bailararlo conmigo?

Ella se abandonó en sus brazos, y allí mismo, en la desierta terraza, bailaron a la perfección la bella danza.

Durante el baile, Cánova le susurró a Georgina, embelesada:

—Es usted la mujer más fascinadora que he encontrado en mi vida...

Ella no le contestó con los labios... mas sí con una ligera presión de sus dedos.

La concurrencia del «Oasis» advirtió la maestría con que punteaban el tango argentino Georgina y Cánova, y pronto tuvieron



—Es el tango de mi tierra... ¿Quiere usted bailararlo conmigo?

éstos numerosos admiradores.

Una dama—la señora Robertson—no pudo menos de pensar, refiriéndose a Cánova:

—¡Qué tipo de hombre tan perfecto!

En cuanto a lo que los caballeros pensaban acerca de Georgina, baste apuntar que desde

sus torneadas piernas, que los «trucos» del baile descubrían a regularcita altura, hasta sus picaruelos oculares, no omitieron detalle alguno de su venusto cuerpo...

El señor Mazulier se contaba entre los admiradores de su hija, y también el banquero, que quiso impedir el entrelazamiento de Georgina y Cánova, pero que no lo pudo hacer gracias a oponerse a ello, con razones discretas, el padre de la coqueta.

Para darse a sí mismo importancia, el señor Mazulier dijo al banquero, entre otras personas:

—El elegante joven que baila con Georgina es un millonario argentino... Fortuna colosal... No sé cuántos miles de cabezas de ganado...

El señor Dumas le interrumpió:

—¿Millonario ese sujeto?... ¡Hoy mismo estubo en mi Banco a pedirme dinero prestado!

—¡Ay! ¡Me ahogo! ¡Me ahogo!

El señor Mazulier hizo gestos extravagantes gritando que se ahogaba.

Georgina y Cánova habían concluido el baile, mereciendo muchos aplausos.

Avisada por su madre, la muñequita se despidió del argentino:

—Mi papá se ha puesto repentinamente enfermo, señor... Me veo obligada a decirle adiós.

Y él, amoroso, le dijo:

—La seguiré hasta su casa...

De regreso en su hogar, el señor Mazulier, ante el alejamiento del argentino y la presencia de una buena cena, se olvidó pronto de su enfermedad.

Brent había conseguido convencer al banquero a que se quedara en «El Oasis», y

acompañó al señor Mazulier a su casa, con su esposa y su hija.

Brent tenía un proyecto que someter al antiuario.

Y se lo expuso mientras él cenaba:

—Si usted se compromete a impedir que su hija cometa la tontería de enamorarse, le enseñaré cómo podemos hacer una fortuna en Nueva York.

—¿Una fortuna? Eso me interesa... Pero, ¿cómo?...

—Trasladándose ustedes a mi tierra, conmigo. Todo correrá de mi cuenta. Para empezar les fijaré una renta mensual y adelantaré las sumas que les sean necesarias. Cuando se realicen negocios, ustedes me reembolsarán mis anticipos.

Entretanto, en el jardín de la casa de los Mazulier, dos sombras se deslizaban hacia la bóveda que formaban las ramas en flor de un árbol. Había un banco de piedra, y se sentaron.

Eran Cánova y Georgina.

El primero le prometiera seguirla y lo hiciera. Ella le esperaba mirando hacia la puerta del jardín, y al verle le franqueó la entrada.

Y en el perfumado ambiente del jardín y de la noche, prosiguió el idilio empezado en la terraza del «Oasis», bailando.

—Siento ya su imagen tan dentro de mí, señorita, que me parece que la he amado toda la vida...

—¡Qué cosa tan extraña es el amor...! Nos amamos ya, y por primera vez nos vimos esta noche...

—Yo la adoro desde la primera mirada que le dirigí. ¡Qué bonita es usted, Georgina! Esos

labios tentadores me enloquecen... Por un beso mi vida yo diera...

—¡Prudencia, Enrique!

—La prudencia es el enemigo encarnizado de los enamorados.

—Pero el amor sin lucha... no es magnífico.

—Yo la venceré, Georgina.

—Acepto gustosa la pelea.

En este momento, la señora Mazulier buscaba a su hija por todas partes, y finalmente bajaba al jardín.

Al presenciar, desde lejos, oculta de ellos, el coloquio que sostenían Georgina y Cánova, la señora Mazulier alegróse mucho y fué a comunicar a su esposo la noticia.

—¡Georgina está en el jardín con el argentino!

—¡Ay! ¡Me ahogol... ¡Me ahogol!—exclamó el anticuario.

Brent ya había visto antes que estos ataques eran apócrifos, y que le daban siempre al señor Mazulier cuando tenía que apartar a su hija de un peligro o hacerla obedecer.

La señora del pícaro padre de Georgina se emocionó, como de ordinario, al indisponerse su marido, y no acertaba a comprender por qué la noticia de la presencia de Cánova en el jardín de su casa, le había causado tal efecto. Consignemos que la señora Mazulier desconocía que Cánova no era millonario, sino un insignificante joven bien vestido.

Asustada por los gritos que daba el sincopizado, la señora Mazulier fué a avisar a su hija.

Georgina y Cánova corrían por el jardín, él

persiguiéndola a ella para besarla, y lográndolo al fin.

—¡Georgina!—llamó la madre, no viéndola donde la viera antes.

—¡Madre, voy!...

—¡Tu padre se ha puesto enfermo, hija!...

¡Ven!...

—Ahora mismo, mamita, ahora mismo....

¡Adiós, Enrique!

—¡Adiós, mi cielo!... Mañana, a las tres, vendré a buscarla.

Las dos mujeres se apresuraron en acudir al lado del enfermo—a quien Brent le indicara ya, arrojándole un jarro de agua a la cabeza, que a él no se la pegaba con el «truco»—y al ver a Georgina, el señor Mazulier recobró la tranquilidad.

La hija era su tesoro. Con ella, casándola con un tío con pesetas, se entiende, solucionaría la crisis que se dejaba sentir en sus arcas de caudales.

Por el rostro de Georgina, Brent dedujo que no era conveniente dejar que Cánova la volviera a ver, y tomó una determinación.

A la mañana siguiente, Brent puso en juego sus ardides de hombre de negocios, para cortar por lo sano aquel amor que amenazaba desbaratar sus proyectos.

Y escribió las dos siguientes notas:

Para Georgina:

Señorita:

Circunstancias imprevistas me impiden volver a ver a usted, como era mi deseo.

Enrique Cánova.



La concurrencia del "Oasis" advirtió la maestría con que punteaban el tango argentino Georgina y Cánova, y pronto tuvieron éstos numerosos admiradores.

Para el argentino:

Caballero:

Circunstancias imprevistas me impiden volver a ver a usted, como era mi deseo.

Georgina Mazulier.

Georgina recibió el «falso adiós» acompañado de unas flores, y apenas leída la noticia se puso hecha una furia.

Los Mazulier se parapetaron detrás de unos muebles, por si acaso...

Cánova también recibió en aquel momento la «despedida» de Georgina; pero, contrariamente a lo que ella hiciera, él no se inmutó ni se resignaba a renunciar a ella.

Todavía Georgina rabiaba de despecho contra Enrique, cuando llegó a la tienda de antigüedades el banquero Dumas.

El buen señor traía un malhumor de pronóstico, causado por el conocimiento que tenía de que Georgina se dejaba cortejar por el bailarín del «Oasis», a pesar de ser un millonario de cartón.

Georgina recibió al verdadero potentado con toda la cruel hostilidad de una mujer agraviada.

Pero Brent apaciguó los ánimos, pues apareció bruscamente diciendo:

—¡Embarcamos en el primer vapor! Preparen sus equipajes.

Georgina no protestó al anunciar Brent la partida.

Sus padres estaban encantados de ello.

El señor Dumas, lleno de desconcierto, inquirió:

—Pero... ¿es que se van ustedes?

—Sí, señor; nos vamos a América... ¿Le im-

portía a usted algo?—le respondió la airada Georgina.

Entonces el banquero también gritó:

—¿Y cree usted que yo he dado billete sobre billete a su señor papá porque me entusiasman los cacharros viejos?

—¡Eh!!...

—¡Si yo di ese dinero es porque la quiero a usted, porque la necesito para alegrar mi vida!

—¡Eso pretendía usted, viejo verde! ¿Se figura usted que a mí se me compra como si fuera un canario?

—¡Oh, Georgina! ¡No me abandone!

—¡Lárguese de aquí! ¡Pronto! ¡No está bien que a sus años haga usted el ridículo rodando por el suelo, a los pies de una mujer, con esa panzota y esa *barbirolil!*

Los Mazulier y Brent se inclinaban tan acentuadamente por el cálculo, que por poco no se confundieron—de tanta risa—con los *quebrados*.

Ya estamos en Nueva York, en la metrópoli inquieta y audaz, que se atreve a todo. No satisfecha con rascar el suelo para convertirlo en oro, ahora le ha dado por rascar el cielo. ¡Y eso que la América del Norte ya cuenta con *Los Angeles!*

Desde su llegada a la gran ciudad, Brent hizo propalar una historia fantástica; la historia de que los Mazulier no eran sino los barones de Mazulier, que se habían trasladado a América con los tesoros artísticos del castillo de sus antepasados.

El señor Mazulier había estudiado a con-

ciencia su papel, y sus modales eran, ya, casi, casi los de un perfecto aristócrata.

Francisco, el digno criado contratado en Nueva York, mostraba a menudo su predilección por alguno de los «tesoros» importados. ¡El vinito de Francia se bebía solo!

Georgina fué a pasear por el parque.

Aprovechando la ausencia de Georgina, Brent dijo al señor Mazulier:

—Hay que andar con cautela, amigo mío. Este es el tercer mobiliario para sus habitaciones que su hija compra en este mes. Ya sabe usted que yo le adelanto los fondos que sean necesarios para nuestro común negocio, pero no es prudente exagerar. Lo que conviene es empezar a trabajar, y me parece que ya tengo algo seguro. Como usted puede ver, este periódico anuncia que Wellington Wick, el rey de las conservas de pescado, compra una nueva casa en Long Island. A ese es a quien podemos contarle el cuento de los tesoros, si se nos presenta la ocasión.

La presencia de Georgina en el parque produjo sensación entre el elemento masculino.

Su exotismo era encantador, y a los dos primeros jóvenes que se sorprendieran ante su extraordinaria elegancia y belleza y que la siguieran comentando las gracias visibles... y, ¡ay! las ocultas, se unieron otros muchos jóvenes más.

—¡Qué estúpidos! —decíase Georgina sin variar su paso lento.

De pronto, unos corredores, que se entrenaban en el parque, se le echaron encima a Georgina y detuviéronse a pocos pasos de ella para contemplar a la *estrella* con tanta *cola*.

Ante la ligereza de ropa de los corredores, Georgina, enojada, exclamó:

—¡Qué grosería aparecer en ese traje ante una señorita en mitad de su paseo!... ¡En París no se ven estas cosas!

Los corredores y la *cola* de referencia se rieron ante la ingenuidad de Georgina, y la muñequita iba a proseguir su camino. No lo pudo hacer, pues el perrito que ella llevaba vió a un conejo y ¡zas! se lanzó en su persecución arrastrando a su dueña.

Fué una verdadera carrera, y la *cola* y los corredores, tomaron parte en ella.

En aquellos momentos, Wellington Wick paseaba por el parque en uno de sus automóviles, y se apeó un momento, para estirar las piernas, como se suele decir.

La loca carrera que el endiablado perrito obligó a hacer a su dueña, tuvo un *desgarrador* final: Georgina se cayó al suelo, y sus ropas acusaron desgarras en varias partes.

Wellington Wick vió el percance y acudió en auxilio de Georgina, ayudándola a levantarse. Recogió al mismo tiempo el tarjetero de la muñequita, que se le deslizara de la mano, y le ofreció conducirla a su casa en su auto.

Georgina aceptó la fineza del joven, y los de la *cola* de marras y los corredores quedaron bobamente plantados en el bosque.

Wick dejó en la puerta de su casa a la deliciosa Georgina, gratamente impresionado por su feminidad, y, habiéndose ya presentado, se ofreció de nuevo a sus incondicionales órdenes, marchándose luego.

De regreso entre los suyos, Georgina desa-

tó sus nervios ante la exclamación de su madre al verle el vestido desgarrado.

—Os lo contaré todo. La culpa la tienen los compatriotas de usted, señor Brent, aunque le duela. Dicen aquí que las mujeres francesas gastan poca ropa... ¡Pues había que ver en ese parque a los hombres americanos! ¡Con decir que hasta me ruboricé!

Y entre sonrisas de los oyentes, Georgina refirió su odisea.

Al dar el nombre de Wellington Wick como su salvador — llamémosle así —, Brent, de acuerdo con el señor Mazulier, que ya abría los ojos, dijo a la muñequita:

—Ese hombre puede ser un partido excelente para usted, Georgina, si logra conquistarle.

—¡No, no! ¡De ninguna manera! ¡Tener un novio que huela a pescado crudo! ¡Jamás! —rechazó Georgina.

—Reflexione, señorita... y aceptará...

—¡Ah!... ¿Y mi tarjetero?... ¡Ya caigo! ¡El señor Wick debe tenerlo!

—¡Qué ideal! ¡Llámele por teléfono y le venderemos medio «castillo»! —propuso Brent.

—¡No, no! ¡Yo no consiento que se time a ese joven!

Ante la negativa de su hija, el señor Mazulier recurrió al truco del ataque, y Georgina, asustada, se avino a complacer a Brent.

Llamó al teléfono a Wick y le preguntó si tenía, como lo suponía, su tarjetero.

Wick respondió que se había olvidado de devolvérselo, y que, si ello le era permitido, se lo iría a llevar a su casa.

Georgina accedió, y desde que colgó el au-

ricular, todo fueron prisas en preparar la farsa en casa de los Mazulier.

Francisco, el digno criado, adoró demasiado a Baco, y si bien Wick era «rey del pescado» al primero no se le podía negar el título de «rey de la merluza», pues la que había pescado era kilométrica.

Brent, atento sólo, como buen americano, al negocio, se vistió de criado, y sustituyó a Francisco.

Un cuarto de hora después, Wick llegaba a casa de los «barones» de Mazulier.

Le recibió el cabeza de familia, y empezó la farsa. De las rutinarias frases de presentación, el señor Mazulier pasó a intercalar en otras frases acerca de la vida en Nueva York, algún que otro elogio, a sus muebles, atribuyéndolos desde el César a Napoleón, pasando por otras cabezas no menos célebres...

Brent, ducho en la materia, dijo a «su señor» que una distinguida y conocida dama de la sociedad neoyorquina le llamaba al teléfono, para quedarse solo con Wick.

—Según veo, el señor Barón tiene excelentes relaciones en Nueva York. Esa dama con quien fué a hablar por hilo, es una de las más rancias noblezas que aquí tenemos.

—¡Oh, sí, señor! Los señores Barones y los Van Astor, son antiguos amigos... La señora de Van Astor tiene mucho interés en comprar algunos de los tesoros artísticos que el señor Barón trajo de Francia.

—¿De modo que el señor Barón se ve obligado a vender?

—Reveses de fortuna, señor. El señor Barón

se vió precisado a salir de Francia salvando lo más precioso de su rara colección.

—A mí también me puede interesar algo de esta casa.

—(Eso es lo que falta)—dijose Brent, y anunció a poco:

—La señorita de Mazulier.

Wick se puso de pie, y estrechó la linda mano de la fascinadora Georgina, que se le apareció radiante de juventud.

Tomaron te, servido por Brent, que entonces se llamaba Perkins.

Como su padre, Georgina—incitada por la mirada de Brent—Perkins—, habló de los muebles de las generaciones históricas— y después de venderle a Wick un escabel, «porque en él habían descansado sus piecitos»— frase del rey del pescado—el criado anunció:

—La señora Van Astor está al teléfono otra vez, señorita. Su papá no le ha contestado en concreto, y desea que usted le diga si está dispuesta a venderle su dormitorio a cualquier precio.

Wick se permitió rogar a Georgina que le vendiese alguno de esos muebles, y ella, como sacrificándose, lo condujo a sus habitaciones. ¡Alto los maliciosos! ¡Iban a ver los muebles, eh!

Wick se fijó en la muñequita de Georgina y quería ponerle un precio fabuloso, por parecerse a ella:

—¡No, no! Esto es sólo para mí...

Pasado el instante sentimental provocado por el *bibelot*, Georgina, vigilada por sus pa-



...y estrechó la linda mano de la fascinadora Georgina...

dres y Brent—ocultos detrás de una puerta entreabierta—, hizo el artículo a Wick.

Le dijo que su lecho perteneció a su tatarabuela la reina María Antonieta, y le contó la escena de la separación del Delfín de los brazos maternos, y la trágica escena de la Guillotina.

Fueron unos momentos de vibrante emoción los que hizo «revivir» Georgina. Wick se emocionó, y si bien los Mazulier y Brent se reían, también llegaron a entristecerse. ¡Demonio, eso era remachar demasiado el clavo!

El caso fué que Wick se avistó con el «Barón», y le dijo que compraba el lecho de María Antonieta por treinta mil dólares.

El señor Mazulier creyó enloquecer cuando Wick extendió un cheque por esa suma.

Pero...

—¡No! ¡Decididamente no! ¡Me falta valor para cometer el crimen de privar a su hija de esos muebles queridos, que tantas lágrimas le han hecho verter!

Y se marchó indignado, después de romper el cheque.

—¡Ay, me ahogó!... ¡Ahora sí que me ahogo de veras!—exclamó el señor Mazulier.

¡La decepción de perder 30.000 dólares no era para menos!

Pero no se ahogó esta vez tampoco el antiuario. Como los gatos, tenía siete vidas.

Wick, temiendo haber obrado mal con el «Barón», a quien, sin duda, sus palabras ofendieron, escribió la siguiente carta a Georgina.

Señorita:

Después de mi acto impulsivo de esta mañana, he sentido así como remordimientos y

quisiera tener la convicción de que usted no me guarda rencor. ¿Le sería agradable visitar mi establecimiento? Si no tiene usted inconveniente, mañana iré a buscarla y tendré el honor de mostrarle todas las dependencias de mi casa. La saluda muy afectuosamente

Wellington Wick.

Georgina, sintiéndose la Du Barry, favorita de Luis XV de Francia, inició la conquista de un rey... aunque fuera del pescado.

Aceptada la invitación, visitó los establecimientos de Wick, soportando, aunque muy mal, las explicaciones que en su despacho le diera el rey acerca de las operaciones por qué pasaba el pescado antes de ponerlo en lata.

—... y con los desperdicios del pescado, hacemos una goma superior—terminó Wick.

—¡Ah, sí, ya comprendo!... ¡Debe ser delicioso!—dijo Georgina hablando por hablar.

—No, no se come. Es para pegar. Lo pega todo—aclaró Wick.

Georgina pensó que si duraba mucho más la visita se volvería loca... y, al poco rato de pasearse por la fábrica, entre olores inapropiados para sus delicadas fosas nasales, no pudiendo soportar por más tiempo las explicaciones de Wick, echó a correr y no se detuvo hasta su casa.

—¡Madre! ¡Mi madre!—exclamó Georgina al ver a los suyos y a Brent.—¡Ese hombre quería intoxicarme!... ¡Yo no como más pescado en conserva en mi vida!

Mientras Georgina contaba todo lo que había visto, Wick le escribía esta carta:

Señorita:

Sospecho que otra vez he cometido algo que no le ha sentado bien. Está visto que no soy un hombre de sociedad y le ruego me perdone, aunque no comprendo bien en qué he faltado. Me voy a pasar una temporada en Palm



Georgina inició la conquista de un rey... aunque fuera del pescado.

Beach, a ver si los aires de la Florida me ayudan a olvidar su imagen.

Wellington Wick

Desde que se encuentra en Palm Beach, We-

llington Wick distrae sus largos ocios estudiando la historia francesa, particularmente en lo que se refiere a Maria Antonieta y sus «posibles» descendientes.

Y como no están los tiempos para dejar escapar los buenos negocios, la familia Mazulier, con Brent por «criado», decidió seguir a su pez gordo.

El encuentro de Georgina y Wick fué gratísimo para él, y una ligera explicación sacó de dudas al rey del pescado, cuyo amor por la muñequita era ya inmenso...

También el matrimonio Robertson —que hemos conocido en París— se encontraba en Palm Beach, con el argentino Enrique Cánova, por quien la señora Robertson hacía locuras...

Cánova explotaba la pasión que por él sentía la romántica señora, y sin escrúpulo ninguno aceptaba fondos de la equivocada mujer.

El marido había «visto» algo... y sus ojos, rojos de ira, espíaban de continuo...

Para codearse con la sociedad y educarse en sus maneras, Wick organizó una fiesta de caridad, y logró que Georgina prestase su valioso concurso.

Fué por la noche.

Georgina bailó con irresistible encanto, y al tiempo que Wick tomaba una determinación... Cánova —asediado siempre por la señora Robertson,— volvía a ver a la muñequita que fué la más inocente aventura de su vida de farsa. Si él amó o amaba más de veras a Georgina, difícil sería asegurarlo. Sin embargo, sus ojos, al mirarla, desde lejos, adquirían una ternura insólita... y su corazón le palpitaba en el pecho más que nunca.

Después del baile, Wick se apartó con Georgina a un lado del precioso jardín del hotel—con gran contento de los Mazulier, que ya descontaban la boda para pagar a Brent—y le murmuró con toda su alma:

—La amo a usted, Georgina... Comprendo que la amo porque ni un solo instante se aparta usted de mi pensamiento... Quisiera decirselo de otro modo... mas yo no soy fino... pero ¡la adoro, Georgina, la adoro!

Georgina no se rió de Wick como lo hiciera con el banquero Dumas, y dejó prender sus manos en las del joven...

Pero, en este momento, Cánova se puso en evidencia frente a Georgina, y ella le vió, sorprendiéndole que él estuviese allí.

Irreflexiva, apartóse de Wick y acercóse a Enrique. Fué un impulso que no pudo evitar. Ese hombre había logrado despertar un sentimiento que pugnaba por libertarse, y la había abandonado después...

Cánova le hizo de nuevo el amor, con fe... tal vez sin engaño... Georgina le escuchaba sin fuerzas para alejarse de él...

Y Wick, descorazonado, pensó que esa muñeca no era para él...

Por las explicaciones que mediaron entre Cánova y Georgina, ésta comprendió que las cartas de despedida fueron escritas por una mano interesada, y apartándose de Enrique fué a reunirse, en sus habitaciones, con los suyos, y protestó de que la hubiesen considerado un juguete sin alma ni corazón.

Y gritó:

—¡En adelante, quiero ser mujer y no muñeca! ¡Ahora mismo voy a decirle al señor

Wick toda la verdad, porque ese hombre es muy noble y me arrepiento de haberle engañado! ¡Y me casaré con quié me dé la gana!

Brent se desvivía, con los Mazulier, en dar consejos a la desenfrenada Georgina; pero todo fué vano.

En uno de sus gestos, Brent hizo caer al suelo la muñequita de Georgina, y ella sintió en su corazón un profundo dolor. Todo su ser vibró, y desapareció hacia el jardín, en busca de Wick, para sincerarse con él.

Luego... su corazón hablaría.

¿Cuál sería el elegido: Wick o Enrique?

Al atravesar una parte del jardín, sonó un disparo y ella cayó al suelo, alcanzada por la bala.

El autor del disparo era el señor Robertson, y a quien iba dirigida era a Cánova, que estaba platicando con su esposa. ¡Una tragedia más del honor!

Wick y Enrique auxiliaron a Georgina.

¡La herida era leve, insignificante!

Enrique, emocionado, reconocía para sí mismo que esa mujer no era propia para su azarosa vida, y le dolía la idea de que Georgina—que lo había visto todo—repudiara su recuerdo.

Wick, cariñosamente, cuidó de Georgina, y la muñeca sintióse verdaderamente tocada en el corazón por el amor del hombre.

Y, más que nunca, sintió la ineludible necesidad de revelarles quiénes eran ella y sus padres.

Hizolo noblemente.

Y unos brazos, temblorosos, le enlazaron el talle, y unos ojos le pedían cariño...

—¡Mi muñeca!... ¡Mi vida!—le susurraba Wick.

Y, algunos días después, Wick pegaba, con la goma elaborada con los desperdicios de sus pescados, la muñequita de Georgina que se rompiera aquella noche, y se la devolvía, enterita, a su amada.

—He aquí el símbolo de tu vida. Consérvalo. Al romperse el juguete, saltó el corazón que en él dormía, y vino a mí. Justo era que yo reparase el desperfecto.

—Tenías razón... tu goma lo pega todo.

—¡Hasta nuestros corazones!

—¡Sí; hasta nuestros corazones! Pero... Dame la mano... Por si los corazones saltasen algún día, *peguemos* nuestras manos. ¡Así no podremos separarnos nunca!

*
*
*

Aquí termina este juguete. En cuanto a si Brent cobró o no, se supone, pero eso no nos interesa.

Lo esencial es que Wick y Georgina se casen... porque nos gustan mucho los confites.

FIN

Prohibida la reproducción.

Este número ha sido sometido a la previa censura militar

Próximo número: **El amigo de su marido**

sentimental comedia interpretada por la gentil

ENID BENNETT

PROGRAMA AJURIA

Postal-fotografía: VERA VERGANI

La Novela Semanal Cinematográfica

Sale todos los miércoles

Precio 25 céntimos

E. VERDAGUER MORERA.—TOPETE, 16.—TARRASA